

Gironella: El tiempo de los sueños

Arnoldo Kraus

Algunos muertos sueñan. Unos poco, otros mucho. Sueñan más los que se fueron sin cumplir su faena y los que no dejaban de sembrar fantasías mientras viajaban por las noches. Sueñan sin dormir quienes vivieron labrando sus días y los que decían sí cuando otros gritaban no.

Hay, entre los muertos, quienes sueñan sin cesar. Unos cuentan la misma historia; otros urden nuevas tramas y muchos regresan a sus días y a sus casas para escribir, pintar o bailar lo que no lograron expresar antes de partir. Sólo callan cuando se les escucha, cuando la inconciencia nocturna abandona el mundo onírico o cuando las palabras que brotan al anochecer caminan en busca de otras realidades.

En los cementerios, el murmullo de los pinos transporta las voces que se escapan de las tumbas; lo mismo sucede con las cenizas dispersas en el mar, en la tierra o en el desierto: mudan de casa en busca de cómplices. Cuando no bastan las noches, los sueños cambian de morada. En ese tiempo, en ese nuevo refugio, los sueños de los muertos tocan el alma de los vivos. Esa historia se repite y se repite. Es la historia de la vida de los sueños.

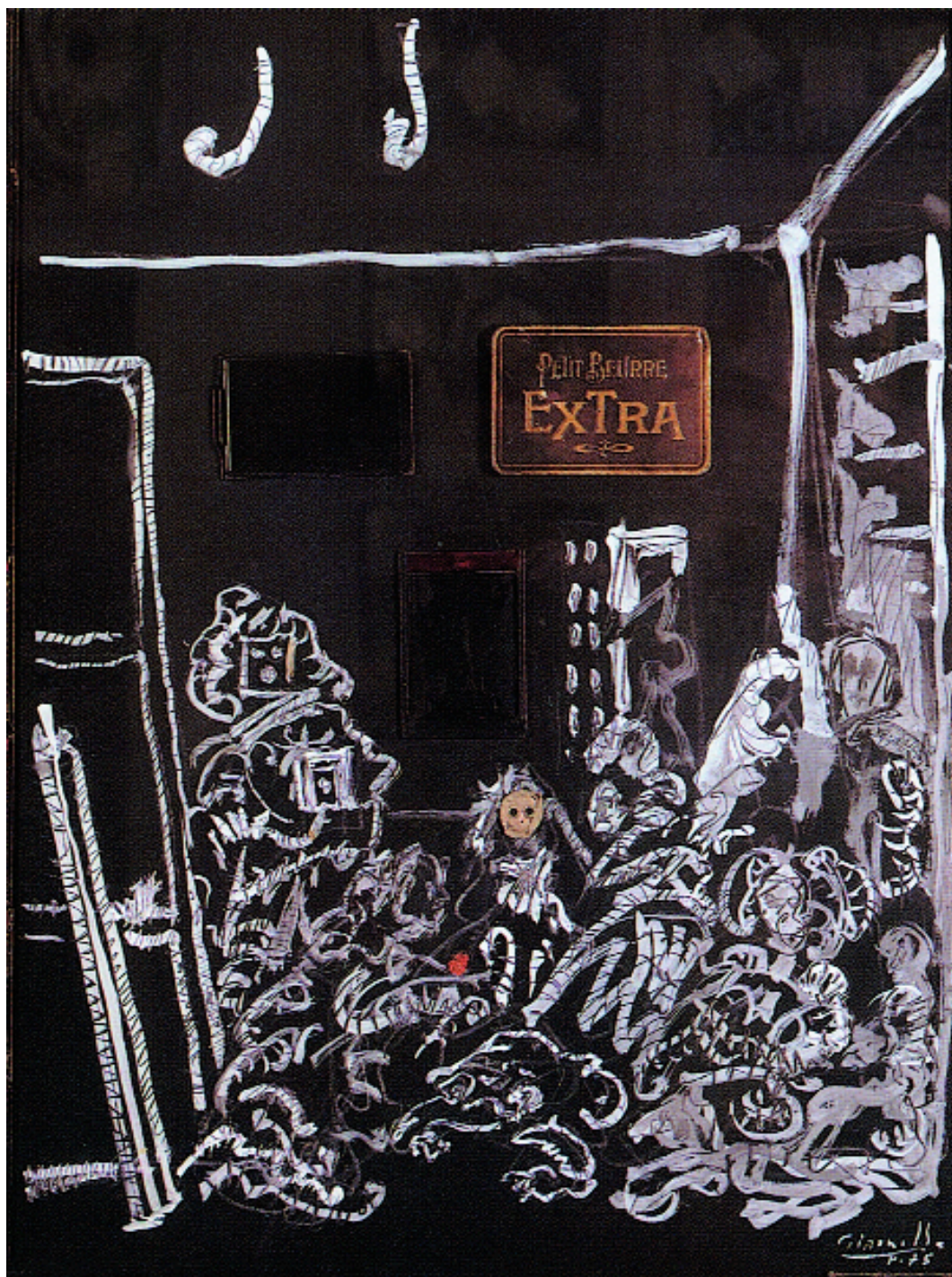
La poética de los sueños de los muertos es única. Vuela entre noche y noche hasta almacenarse detrás de los cielos en un rincón vedado a los vivos. En el tiempo de los sueños pernoctan los deseos y las fantasías de los muertos. Ahí viven durante muchos años. Ahí tejen y destejen. Desde ahí hablan y nos hablan. Como los sueños de Alberto Gironella, quien al pensar en Velázquez trazaba pinceladas para hablar con *Las Meninas*. A partir de esas lecturas Gironella le dio cuerpo y alma a sus meninas.

Algunos de los sueños de Alberto Gironella han encontrado abrigo. El cuadro *Cámara oscura* (1975) dia-

logó con los grandes del arte mundial en la exposición *Olvidando a Velázquez. Las Meninas* que se inauguró en mayo de 2008 en el Museo Picasso, en Barcelona. La muestra estuvo integrada por sesenta y un obras, que incluía pintura, fotografía, dibujo, grabado, escultura y videoarte. El título de la exposición proviene de un comentario de Picasso: “Si alguien se pusiera a copiar *Las Meninas* con total buena fe, supongamos que al llegar a cierto punto y si quien copiara fuera yo, me diría: ‘¿Y si pusiera a éste un poco más a la derecha o a la izquierda?’. E intentaría hacerlo a mi manera, olvidando a Velázquez”.

En la exposición *Olvidando a Velázquez. Las Meninas*, los sueños meninianos de Gironella se contagiaron con las miradas de otros grandes artistas, admiradores, como él mismo, de *Las Meninas* de Velázquez. Ahí, *Cámara oscura* dialogó con el alma de Jorge Oteyza, platicó con la *Infanta* de Antonio Saura, se tuteó con Salvador Dalí, discutió con Avigdor Arikha, se miró en *Las Meninas* de Francisco de Goya, cohabitó con Pablo Picasso en *El taller* y participó en las discusiones que Picasso sostenía con Velázquez. En *Olvidando a Velázquez. Las Meninas*, el pintor español renace en los trazos de Picasso —quien donó cincuenta y ocho óleos pintados en 1957 del imponente estudio que realizó de *Las Meninas*—, de Gironella y en los lienzos de grandes creadores que dialogan por medio de la pintura entre ellos mismos, con sus sueños y con las miradas de quienes aprecian el arte.

Soñar un sueño cuando muerto, regresar a la memoria desde la tumba, aguardar en las paredes las miradas y recordar a los vivos que los anhelos y deseos de los muertos imprimen vida a los sueños era parte de la libido y de la vida de Gironella. En *Cámara oscura*, Alberto dejó de ser Gironella y se transmutó en *Las Meninas* de Velázquez. En esa obra, el genio español se transforma



Alberto Gironella, *Cámara oscura, Petit Beurre*, 1975

en fotógrafo, ya que, siguiendo a Gironella, Velázquez fue “el primer fotógrafo de la historia”.

Son múltiples los textos que se han escrito sobre *Las Meninas*, incluyendo el que le dedicó Michel Foucault. Gironella fue un voraz lector y, seguramente, leyó varios de los ensayos que dan vida a las otras meninas, a las de las palabras

Las meninas —explica Jonathan Brown— como doble fidedigno de la realidad, sigue aún en uso hoy en día. Particularmente entre los escritores que dan por sentado que la pintura debe obedecer a las leyes naturales, y que, en consecuencia, rechazan la facultad asumida por los artistas de alterar la naturaleza con fines expresivos. Pero al situar el

cuadro bajo el imperativo de la objetividad, estos autores minimizan la imaginación de su creador.

En *Cámara oscura*, Gironella, maestro de la desobediencia, altera la naturaleza: convierte a Velázquez en fotógrafo, quizá como punto de intersección entre la realidad de las palabras y la imaginación de la pintura.

En el tiempo eterno de los sueños, las imágenes de *Cámara oscura* cohabitan con los lienzos de muchos muertos, se entretajan con las fotografías que nunca tomó Velázquez pero siempre imaginó Gironella, con las voces de algunos vivos y con el deseo irrefrenable del artista mexicano para vivificar sus delirios meninianos.